



**Pablo Rodríguez Grez**

abogado

## Algo más sobre la pena de muerte



En un artículo anterior me referí a este tema. Los hechos ocurridos en los últimos meses me hacen volver sobre él. ¿Hasta cuándo nuestros legisladores, por un mal entendido humanismo, no comprenden que sólo la severidad puede hacer desistir a los delincuentes de sus desig-nios violentistas? ¿Qué están haciendo diputados y senadores para encarar el drama de la inseguridad ciudadana?

La pena de muerte es ciertamente dramática. Por eso mismo, es indispen-sable en este momento, en que los ele-

mentos anti-sociales se ensañan con la gente ino-cente de todas las edades. La pena de muer-te, en forma oportuna apli-cada a los autores de delitos salva-jes, tiene efec-

tos absolutamente necesarios para frenar la escalada violentista que nos afecta.

Es cierto que la delincuencia tiene origen en la miseria, la marginalidad social, la falta de educación y de oportu-nidades. Nadie podría negar esta realidad. Pero es igualmente cierto que si sólo se analizan estos factores -que no se corrigen a pesar de las declaracio-

nes que todos los días oímos de quienes dirigen los destinos del país- la crimi-nalidad seguirá creciendo y devastará a la comunidad nacional que trabaja y se esfuerza honradamente por progresar.

El Estado tiene el deber elemental de asegurar la vida de quienes forman parte de la sociedad civil. Si abdica de este compromiso, terminará, irreme-diamente, extendiéndose la justicia por mano propia y, entonces, la juridi-cidad será sobrepasada.

La sociedad tiene derecho a privar de la vida a quienes no respetan la de sus semejantes. Si se ejerciera este dere-cho, el delincuente pesaría sus decisio-nes y, en la mayor parte de los casos, desistiría de sus propósitos criminales. A la inversa, si se le asegura la impuni-dad, se lo alienta a quebrantar la ley, ante la certeza de que, en definitiva, nada grave le ocurrirá, cualquiera que sea la fechoría cometida.

Yo creo que ya basta de contempori-zar con el delincuente y de despreciar el sufrimiento de sus víctimas inocen-tes. Los poderes públicos no están cum-pliendo con su deber, entregados, como se hallan, a cubiletes políticos que maldito lo que interesan a la inmensa mayoría de chilenos humildes, trabaja-dores y honestos que ven amenazadas sus vidas y las de sus familiares por la acción destructiva de los delincuentes. ¡Que los políticos cumplan con su deber esencial: defender a la gente... como tanto lo pregonan cuando reclaman sus votos!

*Ya basta de contemporizar con el delincuente y de despreciar el sufrimiento de sus víctimas inocentes.*